

Stanislaw Lem

Edén



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Eden*
Traducción de Luis Pastor Puebla

Primera edición: 1991

Tercera edición: 2013

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Stanislaw Lem, 1991

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;

28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-1097-9

Depósito legal: M. 38.859-2012

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo primero
35	Capítulo segundo
78	Capítulo tercero
101	Capítulo cuarto
134	Capítulo quinto
151	Capítulo sexto
173	Capítulo séptimo
223	Capítulo octavo
239	Capítulo noveno
273	Capítulo décimo
283	Capítulo undécimo
295	Capítulo duodécimo
325	Capítulo decimotercero
361	Capítulo decimocuarto

Capítulo primero

Fue un error en los cálculos. No había sobrevolado la atmósfera, sino chocado contra ella. La nave espacial penetró como un taladro en la capa atmosférica con un formidable estruendo, que se expandió como un redoble de tambores. Sintieron, bajo sus asientos, el deslizamiento de los amortiguadores. Las pantallas anteriores llamearon y se extinguieron. El colchón de gases incandescentes, que presionaba contra el morro del cohete, cubría con un velo los visores exteriores. El dispositivo de frenado era insuficiente y había entrado en funcionamiento demasiado tarde. Un olor fétido a caucho quemado invadía por entero la cabina de mando. La presión del frenado los dejó ciegos y sordos. Era el fin. Pero ni siquiera esto era capaz de pensar ninguno de ellos. No tenían fuerzas ni para respirar. Lo hicieron por ellos los inyectores de oxígeno, que siguieron funcionando hasta el último minuto. Les introducían aire a presión, como en los balones. De golpe cesó el estruendo.

Se encendieron las luces de averías. Seis por cada lado. En el tablero de mandos del propulsor brillaba la señal de alarma. El revestimiento había reventado y estaba tan arrugado como un acordeón. Pedazos de material aislante y fragmentos de plexiglás corrían veloces por el suelo. Ahora, en lugar del estrépito, lo llenaba todo un silbido sordo, cada vez más intenso.

—¿Qué ha sucedido? —gimió el doctor, al tiempo que escupía un trozo de chicle.

—¡Sigue echado! —le gritó el coordinador, que contemplaba la última pantalla que quedaba intacta.

El cohete dio una vuelta de campana, como si hubiera sido golpeado por un ariete. Las redes de nylon sobre las que descansaban vibraron como cuerdas de violín. Durante un instante todo se mantuvo en suspenso, como cuando un columpio alcanza el punto más alto de su balanceo... y luego estalló un estruendo.

Los músculos, rígidos a la espera del choque final, se relajaron. El cohete descendió sobre la columna de fuego. Las toberas vibraron suavemente. Pero sólo durante algunos minutos. Luego, un estremecimiento sacudió las paredes. La vibración fue en aumento. Seguramente se habían aflojado las suspensiones de los soportes de las turbinas. Los hombres se miraron. Ninguno habló. Sabían que todo dependía de que los rotores aguantaran el esfuerzo.

La cabina se estremeció súbitamente, como si descargaran sobre ella los furiosos golpes de un martillo de acero. La gruesa lente convexa de la última pantalla se agrietó en una densa tela de araña y se extinguió su fosforescente cristal. Desde abajo ascendía el pálido resplandor de las

luces de avería, que proyectaban contra las paredes las sombras agigantadas de los hombres.

El estruendo se convirtió en bramido. Debajo de ellos algo se roía, se rompía, se partía con estridencia metálica. El casco, atrapado en una terrible sacudida, siguió su vuelo a ciegas, como muerto. Se encogieron, reteniendo el aliento. El caos y las tinieblas eran totales. De pronto, sus cuerpos se vieron impelidos hacia adelante en las largas cuerdas de nylon y estuvieron a punto de aplastarse contra los destrozados tableros de mandos. Y luego se balancearon, meciéndose suavemente, como pesados péndulos, en el espacio...

El cohete volteó como una montaña que se desploma. El estruendo parecía venir de lejos, con un débil retumbar. Masas de tierra violentamente removidas se deslizaron a lo largo de la coraza protectora exterior.

Sobrevino una quietud total. A sus pies siseaban las conducciones. Algo gorgoteaba terriblemente, rápido, cada vez más rápido. El zumbido del agua que fluía, mezclado con el siseo ensordecedor, incesante, como de un líquido cayendo sobre una chapa incandescente.

—Seguimos con vida —dijo el químico. La oscuridad era total. No se veía absolutamente nada. Colgaba de su red de nylon, como de un saco atado con cuerdas por sus cuatro puntas. Dedujo que el cohete yacía de costado. Algo chasqueó. Una pálida llamita brotó del viejo encendedor de gasolina del doctor.

—¿Y la tripulación? —preguntó el coordinador. Se había roto una de las cuerdas de su red. Giró lentamente. Se hallaba totalmente exhausto. Intentó en vano sujetarse a la pared a través de las mallas.

–Uno –dijo el ingeniero.

–Dos –dijo el físico.

–Tres –el químico.

–Cuatro –el cibernético. Se sujetaba la frente con las manos.

–Cinco –se anunció, en último lugar, el doctor.

–Estamos todos. Lo celebro.

La voz del coordinador era tranquila.

–¿Los autómatas?

Silencio.

–¿Los autómatas?

No hubo respuesta. El doctor se quemó los dedos con la llama del encendedor. Se hizo de nuevo la oscuridad.

–Siempre he sostenido que estamos hechos de mejor material –dijo el doctor en medio de las tinieblas–. ¿Alguien tiene un cuchillo?

–Yo... ¿Para cortar las cuerdas?

–Si puedes salir sin cortarlas, mejor para ti. Yo no puedo.

–Lo voy a intentar.

El químico sacudió enérgicamente las cuerdas. Se le aceleró la respiración. Algo golpeó. Tintineo de cristales.

–Estoy abajo. Quiero decir, en la pared –dijo desde el pozo de tinieblas–. Doctor, alumbrá un poco para que pueda echaros una mano.

–Pero date prisa, porque la gasolina se acabará pronto.

Una vez más brotó la llama del encendedor. El químico intentó alcanzar el saco de dormir del coordinador, pero sólo llegó hasta las piernas. Finalmente, pudo abrir un poco la cremallera y el coordinador se dejó caer pesadamente sobre los pies. Entre los dos, el trabajo avanzó

más rápidamente. Poco después, todos ellos estaban de pie sobre la inclinada pared de la cabina de mando, recubierta de material semielástico.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó el doctor. Apretó y unió los bordes de la herida de la frente del cibernético y la cubrió con un esparadrapo que se sacó del bolsillo. Siempre llevaba consigo pequeños adminículos de este tipo.

—Vamos a comprobar primero si podemos salir fuera —decidió el coordinador—. Ante todo, necesitamos luz. ¿Bien? ¿Ya? Doctor, alumbre por aquí, a lo mejor hay todavía un poco de corriente en los extremos de los cables del tablero de mandos o al menos en el reostato del sistema de alarma.

Esta vez, del encendedor sólo brotaron chispas. El doctor chasqueó hasta que le dolieron los dedos. Las chispas se desparramaron sobre los restos del destrozado tablero de conexiones, ante el que se afanaban, de rodillas, el coordinador y el ingeniero.

—¿Hay corriente? —preguntó el químico. Estaba detrás, de pie, porque no había sitio.

—De momento, no. ¿Nadie tiene cerillas?

—La última vez que vi cerillas fue hace tres años. En el museo —farfulló el ingeniero. Estaba intentando arrancar con los dientes el aislante de un extremo de la línea. Súbitamente, una pequeña chispa azul palpitó en las manos del coordinador, unidas en forma de concha.

—Aquí hay corriente —dijo—. Traed una bombilla.

Encontraron una, intacta, en la señal de alarma sobre el revestimiento lateral. Una pequeña y penetrante llamita eléctrica iluminó la cabina, que producía la impresión de

formar parte de un largo túnel de paredes oblicuamente ascendentes. Por encima de sus cabezas podía verse una puerta cerrada en lo que ahora era el techo.

–Siete metros de altura –dijo el químico, melancólicamente–. ¿Cómo vamos a subir allí?

–Una vez vi en el circo una torre humana: cinco hombres, uno encima de otro –insinuó el doctor.

–Es demasiado difícil en nuestro caso. Tenemos que llegar allí avanzando por la pared del suelo –decidió el coordinador. Pidió al químico el cuchillo e hizo anchas muescas en el recubrimiento plástico del suelo.

–¿Peldaños?

–Eso es.

–¿Por qué está tan callado el cibernético? –preguntó sorprendido el ingeniero, que se había sentado sobre las ruinas del tablero de mandos y conectaba un amperímetro a los cables que había arrancado.

–Se ha quedado viudo –contestó, riendo, el doctor–. ¿Qué es un cibernético sin autómatas?

–Eso tengo que averiguarlo –declaró el cibernético. Miraba por las rendijas de las desajustadas pantallas. La llamita eléctrica fue adquiriendo un tinte amarillento, cada vez más oscuro y macilento.

–¿También los acumuladores? –murmuró el físico. El ingeniero se irguió.

–Eso parece.

Un cuarto de hora más tarde, la expedición, integrada por seis hombres, avanzaba hacia la profundidad o, mejor dicho, hacia la altura. Primero alcanzaron el pasillo y luego cada una de las habitaciones. En el camarote del doctor encontraron una linterna. El doctor sentía predi-

lección por toda suerte de cachivaches. Se la llevaron. Por todas partes encontraron destrozos. Los muebles, sólidamente atornillados al suelo, no habían sufrido daño, pero los aparatos, herramientas, vehículos auxiliares y material restante formaban un montón informe e indescriptible en el que se hundían hasta más arriba de las rodillas.

—Ahora vamos a intentar salir fuera —dijo el coordinador cuando se reunieron de nuevo en el pasillo.

—¿Y los trajes espaciales?

—Están en la cámara de presión. No les ha debido pasar nada. De cualquier forma, no los necesitamos. Edén tiene una atmósfera respirable.

—¿Ha estado alguien antes aquí?

—Sí. Hace diez u once años. La sonda cósmica de una patrulla de búsqueda y rescate. Fue cuando se perdió Altair con su nave espacial. ¿No lo recordáis?

—Pero ningún ser humano.

—No, ninguno.

La escotilla interior de la esclusa aparecía, oblicuamente, sobre sus cabezas. Poco a poco se fue desvaneciendo la primera impresión de extrañeza, debida al hecho de que contemplaban los lugares familiares en una posición completamente distinta —el suelo y el techo eran ahora las paredes.

—Sin una buena escalera no podremos llegar allí —dijo el coordinador, iluminando la escotilla con la linterna del doctor. La mancha de luz exploraba los bordes. Estaban herméticamente cerrados.

—No tiene mal aspecto —el cibernético tenía la cabeza muy echada hacia atrás, sobre la nuca.

–Desde luego.

El ingeniero reflexionaba: la enorme fuerza que había comprimido los soportes y reventado el tablero de mandos situado entre ellos quizá hubiera empotrado la escotilla. Pero se guardó para sí estos pensamientos. El coordinador se volvió hacia el cibernético, y estaba a punto de pedirle que se pusiera de espaldas junto a la pared, cuando recordó el montón de hierro en que se habían convertido los autómatas. Dijo al químico:

–Separa bien las piernas y pon las manos en las rodillas; así es más fácil.

–Siempre he soñado con trabajar en un circo –afirmó el químico, y se inclinó. El coordinador puso el pie sobre sus hombros, se izó, se enderezó, se sujetó a la pared y comenzó a tantear con las puntas de los dedos la palanca de níquel, en forma de cuña, de la escotilla.

Se estiró cuanto pudo, saltó y, por fin, se colgó de ella. La palanca cedió chirriando, como si el mecanismo de cierre estuviera lleno de fragmentos de cristal. Giró un cuarto de vuelta y se detuvo.

–¿La estás girando hacia el lado correcto? –preguntó el doctor, que alumbraba desde abajo con la linterna–. El cohete está tumbado.

–Ya me he dado cuenta.

–¿No puedes girar más fuerte?

El coordinador no contestó. Estaba colgado pegado a la pared, con una mano en la palanca. Intentó agarrarla con la otra. La operación resultaba difícil, pero al fin lo consiguió. Ahora estaba suspendido como en un trapecio. Encogió las piernas para no chocar contra el químico, inclinado debajo de él, y tiró enérgicamente de la palanca

varias veces, encogiéndose y dejándose caer a continuación con todo el peso de su cuerpo. Resoplaba cada vez que rebotaba contra la pared.

A la tercera o cuarta tentativa la palanca cedió un poco. Faltaban ya tan sólo cinco centímetros. El coordinador hizo acopio de todas sus fuerzas y se dejó caer de nuevo hacia abajo.

La palanca chocó contra el cerrojo con un tremendo chirrido. Se había corrido el pasador interior.

—Esto marcha como la seda —gritó el físico con alegría. Pero el ingeniero guardó silencio. Sabía dónde estaba el verdadero problema. Todavía quedaba por levantar la escotilla, y esto era mucho más complicado. Tiró con fuerza de la palanca del dispositivo hidráulico, pero sabía de antemano que no funcionaría. Los tubos se habían rajado en numerosos puntos y el líquido se había derramado. Cuando el doctor dirigió su linterna hacia arriba, la manivela con sus ruedecillas brilló sobre sus cabezas como una aureola. Estaba demasiado alta para sus posibilidades gimnásticas: más de cuatro metros.

Entonces trajeron de todas las habitaciones los instrumentos rotos, las almohadas, los libros, y los fueron apilando. La biblioteca demostró ser particularmente útil y, en especial, los atlas estelares, que eran maravillosamente gruesos. De esta forma construyeron, como si fueran ladrillos, una pirámide. Necesitaron casi una hora para acabarla. En una ocasión se les vino abajo todo un lado, de modo que a partir de entonces actuaron sistemáticamente bajo las directrices del ingeniero.

—El trabajo físico es una tortura —afirmó el doctor, jadeando. La linterna estaba colocada en una grieta del cli-

matizador y les iluminaba el camino mientras iban a la biblioteca y volvían cargados de libros.

—Ni en sueños hubiera creído jamás que en un viaje a las estrellas pudieran darse condiciones tan primitivas —resopló el doctor. Era el único que hablaba. Finalmente, el coordinador, ayudado por sus compañeros, escaló cuidadosamente la pirámide y consiguió tocar la manivela con la punta de los dedos.

—No es bastante —dijo—. Faltan cinco centímetros. No puedo saltar, porque entonces se viene todo abajo.

—Aquí tengo la *Teoría de los vuelos rápidos*.

El doctor sopesaba en la mano un grueso mamotreto.

—Creo que es exactamente lo que necesitamos.

El coordinador asió la manivela. Desde abajo le alumbraban con la linterna. Sus sombras bailaban sobre la blanca superficie de plexiglás que recubría la pared, ahora convertida en techo. De pronto, la manivela le resbaló entre las manos, vaciló un instante y perdió el equilibrio. Ninguno siguió mirando hacia arriba. Se cogieron de las manos y se echaron sobre la bamboleante pirámide de libros para que no se derrumbara.

—Nada de juramentos ahora. Si empezamos con eso, nunca acabaremos —advirtió el doctor desde abajo. El coordinador asió de nuevo la palanca. De pronto, un chirrido y luego el sordo estrépito de los volúmenes desmoronándose. El coordinador estaba suspendido en el aire, por encima de ellos, pero la manivela a la que se mantenía aferrado había dado una vuelta completa.

—¡Hay que repetirlo otras once veces! —gritó mientras aterrizaba sobre el libresco campo de batalla.

Dos horas más tarde, la escotilla había completado su recorrido. Cuando se abrió, lentamente, estallaron en un griterío triunfal. La escotilla abierta proporcionaba una especie de puente levadizo a través del cual podían llegar sin mayores dificultades hasta la esclusa.

Los trajes espaciales colgaban intactos en el liso armario empotrado. Ahora estaban en posición horizontal. Ascendieron por él.

—¿Salimos todos? —preguntó el químico.

—Primero vamos a intentar abrir la puerta.

Estaba bloqueada, como fundida con el casco. Las palancas no avanzaron ni un solo milímetro. Empujaron los seis a una, intentaron aflojar las tuercas, tantearon una y otra vez, por un lado, por el otro, pero las tuercas no cedieron.

—Ya se ve que lo principal no es llegar, sino desembarcar —observó el doctor.

—Sano sentido del humor —farfulló el ingeniero. El sudor le corría por la frente. Se sentaron sobre el armario empotrado.

—Tengo hambre —confesó el cibernético en medio del silencio general.

—Pues a comer entonces.

El físico se ofreció a subir al almacén de provisiones.

—Es mejor ir antes a la cocina. Quizá algo del frigorífico...

—Solo no podré. Habrá que retirar primero media tonelada de chatarra para llegar hasta las provisiones. ¿Quién me acompaña?

Se ofreció el doctor. No sin cierta renuencia, se sumó el químico. Cuando sus cabezas desaparecieron tras la

puerta abierta de la escotilla y se extinguió el último resplandor de la linterna que se habían llevado consigo, el coordinador empezó a hablar en voz baja:

–Preferiría no tener que decir nada. ¿Tenéis idea de cuál es nuestra situación?

–Por supuesto...

El ingeniero tanteaba en las tinieblas, buscando con las manos las suelas de los zapatos del coordinador. Necesitaba este contacto.

–¿Supones que no podremos perforar la escotilla?

–¿Y con qué lo haríamos?

–Con un soplete eléctrico o de gas... Podemos cortarla con él y...

–¿Has oído hablar alguna vez de un soplete autógeno capaz de cortar un cuarto de metro de keramit?

Se sumieron de nuevo en el silencio. Desde las profundidades de la nave espacial llegaba un sordo retumbo, como de catacumbas de acero.

–¿Qué ocurre? –preguntó, nervioso, el cibernético. Oyeron crujir sus articulaciones. Se puso en pie.

–Siéntate –dijo suave, pero firmemente, el coordinador.

–¿Creéis que la escotilla se habrá fundido con el blindaje?

–No necesariamente –dijo el ingeniero–. ¿Tienes idea de lo que ha ocurrido?

–A ciencia cierta, no. Hemos entrado a velocidad cósmica en la atmósfera en un punto en que no debería haberla. ¿Y por qué? El autómatas ha podido equivocarse.

–El autómatas no se ha equivocado. Nos hemos equivocado nosotros –replicó el coordinador–. Nos olvidamos de introducir la corrección de cola.

–¿Corrección de cola? ¿Qué quieres decir?

–La cola de gas que, en dirección opuesta a la de su movimiento, forma todo planeta que posee atmósfera. ¿No has oído hablar de esto?

–Sí, claro. ¿Hemos chocado con esa cola? ¿No debería ser muy tenue?

–Diez a menos seis –contestó el coordinador–. Algo de ese orden. Pero veníamos a más de setenta kilómetros por segundo, amigo. Ha sido como chocar contra una pared. Fue la primera sacudida, ¿recordáis?

–Sí –prosiguió el ingeniero–, y cuando penetramos en la estratosfera todavía íbamos a diez o doce. En realidad, el cohete debería haberse desintegrado en mil pedazos. Es pasmoso que haya podido resistir.

–¿El cohete?

–Está calculado para una sobrecarga de veinte. Pero antes de romperse la pantalla vi con mis propios ojos cómo saltaba la aguja de la escala. Y la escala tiene un margen de reserva de hasta treinta.

–¿Y nosotros?

–¿Cómo nosotros?

–¿Cómo hemos podido resistir nosotros? ¿Intentas decir que la presión alcanzó treinta *g*?

–No de forma continuada. Sólo en los momentos de máxima presión. Los frenos actuaron a tope. Por eso se produjeron las vibraciones.

–Pero los autómatas lo equilibraron, y de no haber sido por los compresores... –replicó el cibernético con tono obstinado. Pero se detuvo, porque desde el fondo de la nave llegaba el ruido de un objeto. Sonaba como ruedas de hierro rodando sobre planchas de hojalata. Luego volvió el silencio.

–¿Qué querías de los compresores? –preguntó el ingeniero–. Cuando vayamos a la sala de máquinas te demostraré que han rendido cinco veces más de lo que podían. Además, son sólo instrumentos auxiliares. Primero, sus soportes saltaron en pedazos, y cuando empezaron las vibraciones...

–¿Te refieres a la resonancia?

–La resonancia es otra cosa. En realidad, deberíamos haber quedado destrozados en un trecho de pocos kilómetros, como le pasó a Frachter en Neptuno, ¿lo recuerdas? Te podrás convencer por ti mismo cuando veas la sala de máquinas. Te puedo adelantar ya lo que ha pasado.

–No me apetece lo más mínimo inspeccionar la sala de máquinas. ¡Maldición! ¿Por qué tardan tanto? Con esta oscuridad le duelen a uno los ojos.

–Pronto tendremos luz, nada de pánico –le animó el ingeniero.

Mantenia, al parecer sin darse cuenta, las puntas de los dedos en los pies del coordinador, que permanecía inmóvil y escuchaba en silencio la conversación.

–Vamos a ir a la sala de máquinas, aunque no sea más que por no aburrirnos. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

–¿Crees en serio que no podremos salir de aquí?

–¡Ah, vaya! Lo he dicho sólo por diversión. Me gustan estas bromas.

–Dejadlo ya –dijo el coordinador–. Hay una salida de emergencia.

–¡Hombre! Está exactamente debajo de nosotros. Es evidente que el cohete se ha hundido muchísimo, y no estoy seguro de que el lado donde está la escotilla llegue al nivel del suelo.

—¿Y eso qué importa? Tenemos las herramientas necesarias para excavar un túnel.

—¿Y la escotilla de carga? —preguntó el cibernético.

—Está inundada —explicó lacónicamente el ingeniero—. He echado una ojeada a la sala de control. Uno de los contenedores principales ha debido agrietarse. El agua alcanza por lo menos dos metros. Y probablemente está contaminada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es lo que ocurre siempre. Lo primero que se escapa es el agua de refrigeración del reactor. ¿Es que no lo sabes? Puedes olvidarte de la escotilla de carga. Sólo podemos salir por aquí, y eso si...

—Excavaremos el túnel —repitió el coordinador en voz baja.

—Técnicamente es posible —asintió el ingeniero. Volvió el silencio. Se acercó el rumor de pasos y en el corredor, debajo de ellos, brilló la luz. Entornaron los ojos.

—Jamón, galletas, lengua o algo parecido en lata. ¡Las últimas reservas! Aquí tenemos chocolate y ahí unos termos. ¡Sube eso!

El doctor fue el primero en llegar a la escotilla. Alumbró con la linterna cuando entraron en la cámara y depositaron las latas de conserva. También traían platos de aluminio.

Comieron en silencio, a la luz de la linterna.

—¡Así que los termos no se han roto! —dijo asombrado el cibernético mientras se servía café.

—Curioso, pero es así. Con las conservas, las cosas no están demasiado mal. Pero la instalación de refrigeración, el frigorífico, los hornos, el pequeño aparato de

sintetización, la estación depuradora, los filtros de agua, todo se ha roto.

–¿También la estación depuradora? –preguntó preocupado el cibernético.

–Sí. Tal vez podríamos repararla, si tuviéramos las herramientas necesarias. Pero estamos en un círculo vicioso. Para poner en marcha cualquier aparato, hasta el más simple, necesitamos la corriente. Y para tener corriente debemos reparar antes los instrumentos auxiliares, y para esto necesitamos un semiautómata.

–¿Ya habéis analizado a fondo las posibilidades, vosotros, hombres de la técnica? ¿Cuál es el resultado? ¿Dónde hay un rayo de esperanza?

El doctor depositó una gruesa capa de mantequilla sobre la galleta y puso encima jamón. Prosiguió, sin esperar la respuesta:

–De joven leí tantos libros sobre astronáutica que creo que pesarían más que nuestra encallada nave espacial. Pues aun así, no conozco ni un solo relato, ninguna aventura, ni siquiera una anécdota, sobre lo que nos ha pasado a nosotros. No comprendo cómo ha podido ocurrir.

–Porque el tema es aburrido –dijo sarcásticamente el cibernético.

–Sí, desde luego, es algo nuevo. Un Robinson interplanetario –dijo el doctor desenroscando el tapón de su termo–. Cuando vuelva a casa intentaré escribirlo, si tengo suficiente talento para ello.

De pronto se hizo el silencio. Recogieron las latas de conservas. El físico propuso guardarlas en el armario, junto a los trajes espaciales. Entonces volvieron a la pared, porque la puerta del suelo no podía abrirse de otro modo.

—¿Sabéis una cosa? Hemos oído sonidos muy extraños cuando estábamos buscando en el almacén —dijo el químico.

—¿Qué sonidos?

—Gemidos y crujidos. Como si nos estuviera oprimiendo un peso.

—¿Crees que ha caído alguna roca encima de nosotros? —preguntó el cibernético.

—Es algo completamente diferente —explicó el ingeniero—. La capa exterior del cohete se ha recalentado mucho al penetrar en la atmósfera. Incluso es posible que la punta se haya fundido un poco. Algunas partes vuelven a solidificarse ahora, se desplazan, se producen tensiones internas y entonces se oye ese ruido. Podemos oírlo ahora mismo.

Callaron. Sus rostros estaban iluminados por la luz de la linterna colocada sobre una superficie lisa, encima de la entrada. Del interior de la nave espacial llegó un gemido penetrante, una serie de ruidos breves, cada vez más bajos. Y luego siguió el silencio.

—A lo mejor es un autómatas.

En la voz del cibernético a floraba un hilo de esperanza.

—Lo has visto tú mismo.

—Sí, pero no hemos mirado todavía en la escotilla de emergencia.

El cibernético se inclinó en la oscuridad, y gritó desde el borde de la escotilla:

—¡Autómatas de reserva, escuchad!

La voz resonó en el vacío. No hubo respuesta.

—Ven aquí, vamos a examinar la entrada.

El ingeniero se arrodilló ante la abovedada plancha, acercó los ojos al borde e iluminó centímetro a centíme-